

SACAR FOTOS POR AHÍ

YAMAL, EL FIN DEL MUNDO

MARTIN PATRICIO BARRIOS

info@martinbarrios.com.ar

Facultad de Bellas Artes. Universidad Nacional de La Plata. Argentina

Lo verdaderamente extraño en las artes —al menos en las artes representativas figurativas— es la capacidad de convertir algo banal en algo sublime, cardinal; la cosa, en categoría; lo anecdótico, en sentido. Es decir, es la capacidad de hacer que eso, que se le parece en algún aspecto a la cosa, deje de ser eso para ser algo anterior, externo y trascendental. Velázquez, Rembrandt, Freud son magos en ese sentido: ¿quién puede ver a Felipe en el retrato de Felipe? Y la fotografía, desde el día después en que nació, soporta esa carga, mucho antes de que Magritte tuviera la ocurrencia.

Es verdad que los dispositivos fotográficos nos alivian bastantes esfuerzos, por lo menos para copiar. Disparar es fácil, el inconveniente es cuándo.

En términos generales, la construcción de la fotografía de estudio es idéntica a la de un boceto para representar cualquier imagen única y fija; es el mismo proceso que para componer un cuadro: dónde se va a ubicar el espectador (a qué distancia, a qué altura, para que vea qué); cómo se ilumina la escena, con qué estrategia de luz y de color será representada, etcétera. Entonces, se acomoda la escena para que esto suceda, se acomodan los objetos y las luces.

En la fotografía de estudio, el foco, la iluminación y la composición general están garantizados. Si hay personajes es más o menos posible hablar con ellos y motivarlos para ejercitar la pose: los personajes actúan sobre un libreto que han asumido. Es viable corregir cualquier cosa que no esté en orden.

En otra situación, sobre todo en la calle, el problema se convierte enteramente en dónde hay que pararse, porque las cosas ya están dadas y se empecinan en no estar donde uno las necesita y en no quedarse quietas; porque hay que predecir cosas que no siempre son predecibles, hay que forzar a la casualidad y ayudar a la suerte; acercarse o alejarse con algoritmos indescifrables; hacerse invisible para que los personajes no actúen para la cámara. No estoy hablando de la espontaneidad, es que si actúan todo el asunto empieza a ser otro

METAL N.º 4, pp. 54-59, julio 2018, ISSN 2451-6643
<http://papelcosido.fba.unlp.edu.ar/ojs/index.php/metal/>
Facultad de Bellas Artes. Universidad Nacional de La Plata



Esta obra está bajo una
Licencia Creative Commons
Attribution-NonCommercial-NoDerivatives
4.0 Internacional

(en el teatro nadie se molesta porque el actor actúa, es lo esperado), y en estos casos los dioses no ayudan. Se está solo con la cámara y con la esperanza de que el sistema parasimpático reaccione a tiempo.



Fotografía del libro *Blanco. Yamal, el fin del mundo* (2016), de Martín Barrios

En Yamalia-Nenestia

Cuando salí para la península de Yamal tenía, además de la fascinación por viajar a lugares raros, la ilusión de fotografiar la belleza que encontraba en la vida de esos pueblos irreductibles, la entereza de los hombres en la soledad infinita y cosas así. Había diseñado los *layouts*, no en un cuaderno pero sí en mi imaginación. Tenía una cámara digital a la que le confío el alma, dos objetivos, un montón de pilas que recolecté, un abrigo prestado y la certeza de que me caía del mundo.

Oficialmente, fui el primer argentino en entrar a la península. Y una vez en la península me di cuenta de la magnitud de lo que significa el término *yamal* —que quiere decir ‘el fin del mundo’— y estar ahí: 1) cincuenta grados centígrados bajo cero; 2) todo el tiempo nieva; 3) estás enfundado en un saco de doble cuero de reno y en botas de doble piel de zorro atadas a la cintura; 4) siempre es de noche; 5) los guantes son enteros. Es difícil. Difícil moverse. Difícil caminar en la nieve suelta. Difícil mirar por el visor de la cámara (respiré y el vapor se congeló para siempre en el vidrio). Difícil cambiar el objetivo. Difícil *setear* la cámara y disparar con los guantes puestos (es que los botones son tan chicos). Difícil soportar el frío en la mano sin guantes más de unos

segundos. Difícil sacarse el guante. Difícil tocar el objetivo de aluminio con la mano sin guante. Difícil que la máquina, a la que le confío el alma, responda a más de dos disparos antes de entrar en letargos desesperantes. Difícil poner en foco (se congelaron los aceites de los servos, así que todo dejó de ser automático, no se veía por el visor y no sabía qué mostraban los números del objetivo). Difíciles otras cosas: respirar o fumar.



Fotografía del libro *Blanco. Yamal, el fin del mundo* (2016), de Martín Barrios

Digamos que llegar a la posibilidad del disparo es, más o menos, dudosa y bastante engorrosa. Nosotros sabemos que los encuadres se definen por la posición y por la distancia de la cámara respecto de la cosa (a la distancia en metros habría que sumarle el tipo de objetivo que está montado) y que el encuadre es más de media foto. Pero en situaciones extremas, posición y distancia son problemas extremos. El menú de posibilidades se convierte en un menú muy discreto porque es muy complejo y lento moverse. Si hay que moverse unos cincuenta metros, la decisión no tiene segunda chance por la próxima media hora y no es posible disparar ráfagas como un turista chino porque la cámara se va a *tildar* al segundo disparo; entonces, es necesario resolver en un segundo, con el cerebro un poco lento por el frío, dónde va a pararse uno. Eso significa entender el espacio, la luz, los personajes, los movimientos, los roles de los personajes, los acontecimientos que van a suceder, las cosas significativas o ejemplificadoras para poder componer un menú de

combinaciones posibles que, en general, se parecen en nada al *layout* que uno imaginó. Nada es como uno se imaginó. Nada es como uno fue repasando en el avión, en el tren, en los camiones y, finalmente, en los trineos. En los dieciocho mil kilómetros desde mi casa hasta esa carpita fui recorriendo y reordenando miles de veces los aspectos enunciativos y retóricos; los temáticos siempre parecían claros, tan claros.

Sin embargo, ahí estás, todavía creyendo que hay una misión, fascinado por el espectáculo y entumecido por el frío en medio de esa lucha contradictoria, desigual, entre estar registrando y estar viviendo. Porque eso es indudable: estás ahí, ahí es así como se presenta y por alguna razón que nunca es la foto llegaste hasta ahí, la foto la traes en el bolsillo como prueba desesperada de lo que te llevó al borde de esas cosas. En algún momento de la lucha, como si fuera irracionalmente, te sacás el guante, te ponés el cigarrillo en el costadito de la boca, apretás unos botones, girás los anillos, levantás un poco la cámara y disparás en el momento que hay que disparar sin pensar en nada, como el que camina de vuelta a casa y no piensa en qué tiene que hacer para que se muevan las piernas, en cuál esquina doblar, en cómo balancear el cuerpo para bajar el cordón de la vereda.

Fotografía del libro *Blanco. Yamal, el fin del mundo* (2016), de Martín Barrios



Llegaste hasta ahí plagado de preconceptos, diseñando un guion que presumía de férreo, arriesgando un poco de todo; llegaste con una idea enorme. Pero ahí no se puede ni ver por el visor y hace tanto frío, ahí no hay inspiraciones

divinas ni milagros, ni musas, ni dioses, ni genios, ni nada que ayude a nada. Todo parece un poco desalentador. Pareciera que uno no tiene más remedio que hacer lo que se pueda. Pero no es cierto, uno hace lo que debe hacer, aunque por caminos inciertos, aunque al final le salga mal.



Fotografía del libro *Blanco. Yamal, el fin del mundo* (2016), de Martín Barrios

Yo sé qué va a sacar mi cámara antes de encenderla, de la misma manera que un chico sabe cómo voltearse para girar con su bicicleta. La he llevado colgando del hombro por medio mundo, estuvimos horas mirando lo mismo. No es que sea animista, es que sé cómo se comporta, igual que un jugador de fútbol sabe cómo se comporta una pelota. Como un chelista que simplemente aprieta las cuerdas, raspa con el arco y hace sonar la *Suite N.º 6 en re mayor*, después de diez años de intentarlo ocho horas por día.

Es verdad que en la tundra no hay tiempo, pero ya hubo otros tiempos de otro tipo, porque al final todo empieza analizando *La expulsión de los diablos de Arezzo*, *La batalla de San Romano*, *Las meninas*; tratando de descifrar dónde está la simpleza de Robert Doisneau o Dorothea Lange, qué hay en las lecciones interminables de Pablo Picasso, para qué es la crudeza de Paolo Pellegrin y la perfección de Ansel Adams. Todo empieza tratando de entender la trampa de la Gestalt; todo viene de las interminables horas de dibujo, adiestrando la motricidad fina para que la mano raspe el carbón y describa lo que uno estaba mirando; dibujando la perspectiva de las calles con el método albertiano, a dos

puntos de fuga, a tres puntos de fuga. Todo empieza comprando una pizza y una botella de vino barato para entrarlas de contrabando al continuado del cine Select y en un segundo se condensan horas de mirar cómo es que la gente se organiza para subir al tren, cómo se arremanga el pocero que está por cavar la zanja, cómo es la curva de la oreja del taxista, cómo mueve las manos la panadera cuando va cargando las facturas en la bolsita de papel. Verdad que las condiciones son adversas.

Cuando se trata de sacar fotos en la calle nunca hay tiempo para medir nada, no hay tiempo para pensar en nada. La ventaja es que a mi cámara le confío el alma y no estuve nunca ahí, pero estuve miles de veces en otros ahí, siempre de este lado del plano, a veces haciendo, a veces mirando, la ventaja es que ya estuve muchos años tratando de entender las cosas de la representación, las cosas del espacio y de las personas representadas.



Fotografía del libro *Blanco. Yamal, el fin del mundo* (2016), de Martín Barrios